Por la autora de la exitosa serie **«Crossfire»**

Bestseller nº 1 en todo el mundo

SYLVIA DAY

De carne y hueso

esencia

De carne y hueso

Sylvia Day

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *In The Flesh*

© Sylvia Day, 2009
© por la traducción, Lara Agnelli, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 0804 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Art_girl – Shutterstock
© Fotografía de la autora: Ian Spanier Photography, 2014

Primera edición: junio de 2016
ISBN: 978-84-08-15588-1
Depósito legal: B. 8.291-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 9 272 04 47.

1

Sapphire descendió de la nave antigravitatoria real, con las palmas de las manos húmedas por los nervios. La casa que el rey de Sari le había regalado era, de hecho, un pequeño palacio. Pintada de un blanco reluciente y con ventanas de varios colores, estaba situada en las doradas colinas arenosas, donde destacaba como una joya.

Mientras cinco de sus nuevos *mästares* descargaban sus pertenencias, ella se acercó a la puerta principal. La cálida brisa que se deslizó sobre su cuerpo le produjo una sensación agradable y placentera. Se había pasado los cinco últimos años dentro del palacio, bronceándose con luz artificial y respirando aire purificado. Cuando acompañaba al rey en alguna salida, siempre subía a la nave refrigerada a través de plataformas de embarque también refrigeradas.

Tras inspirar aire natural por primera vez en años, Sapphire sonrió al notar una sensación ligeramente arenosa en la boca. Le gustaba el calor de Sari y disfrutó al sentir una ligera capa de sudor, que se evaporó al instante al entrar en contacto con el seca brisa del desierto.

Puso la mano sobre la pantalla identificadora y esperó un segundo a que el sistema reconociera sus huellas dactilares. La puerta se abrió y la melodiosa voz femenina del ordenador de la casa dijo:

—Bienvenida, señora.

Al entrar en su nuevo hogar, Sapphire sintió en la cara la bofetada del helado aire purificado.

—Guardiana.

—¿Sí, señora?

—Que purifiquen el aire, pero sólo lo quiero refrigerado en los dormitorios.

—Como gustéis.

Sapphire contempló su nuevo entorno con los ojos muy abiertos. Sus nuevos *mästares* se habían colocado en fila, a lado y lado del largo vestíbulo. Sonrió al darse cuenta de que todos se parecían al rey: eran altos, rubios y esbeltos, pero musculosos.

Sapphire pasó entre ellos y, al llegar al final, se dio cuenta de que fallaba la simetría.

—Sólo sois trece —dijo, deteniéndose con el cejo fruncido.

El *mästare* que tenía más cerca cayó de rodillas a sus pies.

—Señora, me llamo Dalen.

Ella le apoyó la mano en la cabeza y le acarició el sedoso pelo.

—Encantada de conocerte, Dalen.

Él se levantó y le dirigió una sonrisa de chico travieso.

—El *mästare* que falta está todavía en la cámara de curación, señora.

Sapphire frunció todavía más el cejo.

—¿Todavía?

La cámara de curación solía tardar segundos en sanar heridas leves.

—Cuando llegó estaba gravemente herido. Lleva media hora en la cámara. Aunque pronto estará curado, necesitará un tiempo de reposo antes de asumir sus responsabi-

lidades. Pero los demás estamos en plena forma y supliremos su ausencia con entusiasmo.

—Estoy segura de que quedaré muy satisfecha con todos vosotros, pero me preocupa vuestro compañero herido. ¿Cómo se hizo esas heridas tan graves? ¿Y por qué me lo enviaron si estaba en ese estado?

—Os acompañaré a verlo, señora. No tengo respuesta para esas preguntas. Tendréis que preguntárselo a él directamente cuando salga de la cámara.

Dalen le ofreció el brazo y la escoltó por el palacio. Sapphire miraba a todos lados encantada y asombrada por el tamaño y la belleza de la mansión, que era una auténtica declaración de lo mucho que el rey la apreciaba.

Cruzaron la sala de recepción, decorada con un enorme diván, y siguieron por un pasillo con arcos hasta llegar al patio central. Se entusiasmó al ver la burbujeante bañera central, rodeada de exuberante vegetación. El resto de su vida empezaba en ese hogar. El pulso se le aceleró ante la perspectiva de la libertad de la que allí disfrutaría.

Dalen se detuvo al llegar frente a una puerta situada en el ala trasera de la casa y pasó la mano por la pantalla. La puerta se abrió y Sapphire entró en la habitación. El centro de la pequeña estancia estaba ocupado por la cámara de curación, un gran cilindro de cristal. Le echó un vistazo al hombre inconsciente que había dentro y su respuesta instintiva ante él fue tan poderosa que le ordenó a Dalen que la dejara sola. Cuando el *mästare* se hubo retirado y la puerta se cerró, Sapphire se acercó al cilindro.

El hombre herido la había dejado sin aliento. Era alto y moreno y, a pesar de estar lleno de numerosas marcas de latigazos, que se estaban curando lentamente ante sus ojos, desprendía una poderosa masculinidad. No se pare-

cía en nada al rey ni a sus *mästares*. No se parecía a ningún otro hombre que ella conociera.

Su pelo negro, fuerte y brillante, se movía suavemente alrededor de su nuca a causa de los remolinos de aire a presión que lo mantenían en pie. Tenía la piel muy bronceada y los músculos muy desarrollados. Nunca había visto a un hombre con tantas protuberancias de músculos bajo la piel. Ni siquiera su padre, el poderoso guerrero, era tan musculoso.

Sus rasgos eran fuertes y definidos, como el resto de su cuerpo. Tenía los pómulos altos y una nariz aguileña que le daba un aire aristocrático. La mandíbula era fuerte y los labios sensuales le otorgaban un aura de peligro. Era magnífico. Se preguntó de qué color tendría los ojos. ¿Serían castaños, como los suyos? ¿O azules como los del rey?

Sapphire dio la vuelta a la cámara lentamente, encogiéndose al ver las innumerables heridas que laceraban su carne. A aquel hombre lo habían torturado de un modo espantoso. La cantidad de tiempo que llevaba en la cámara demostraba que tenía que estar al borde de la muerte cuando llegó a la casa. ¿Quién habría elegido para su servicio a alguien en ese estado? Era tan distinto del resto de *mästares* como ella lo era de la reina. Incluso estando inconsciente, aquel hombre irradiaba autoridad. Estaba claro que no era un *mästare*.

Cuando volvió a llegar frente a la parte frontal de la cámara, siguió observándolo. Los pezones se le contrajeron a medida que el deseo le aceleraba el pulso. Su torso, ancho y poderoso, estaba ya prácticamente curado. Una fina línea de vello guio su mirada por las ondulaciones de su abdomen hasta llegar al pene y los testículos. Se le secó la boca al ver que tenía el vello de la base del miembro cui-

dadosamente recortado y que el pesado saco escrotal estaba totalmente libre de pelo. Se acercó a la cámara hasta que las manos y los pechos le quedaron totalmente pegados al cálido cristal, sin apartar la vista en ningún momento de la entrepierna del hombre. Incluso en estado de flaccidez, su pene era impresionante. Se preguntó cómo sería cuando estuviera excitado.

Como si pudiera leerle la mente, el pene dio una sacudida y empezó a crecer. Se elevó lentamente y siguió creciendo hasta alcanzar un tamaño considerable. Excitada por lo que estaba viendo, Sapphire frotó los pechos contra el cristal, pero se detuvo al darse cuenta de que el impresionante falo seguía creciendo en respuesta a su lascivia. Sorprendida, alzó la vista y quedó cautivada por unos deslumbrantes ojos verdes. Brillantes como esmeraldas, esos ojos la recorrían de arriba abajo con apetito, ya que el vestido que ella llevaba era tan fino que permitíadistinguir sus formas perfectamente. Sintió que la piel le cosquilleaba y que la temperatura se le elevaba, mientras el hombre la estudiaba con un atrevimiento que le robaba el aliento.

La desnudez no parecía volverlo vulnerable. Su actitud era innegablemente arrogante. Sapphire lo anhelaba tanto que estaba ardiendo de deseo por aquel desconocido de rostro hermoso y cuerpo destrozado. Por primera vez en su vida supo lo que era el auténtico deseo, embriagador e incontenible.

—¿Quién eres? —susurró, aunque sabía que él no podía oírla a través del cristal.

Él levantó una mano y la apoyó a la altura de la de Sapphire al otro lado de la barrera que los separaba. Una película de sudor cubrió la piel de ella al pensar en tocarlo. Quería doblar los dedos y enlazarlos con los del hombre.

Anhelaba acariciar su piel bronceada para comprobar si era tan suave como parecía.

Estaba casi curado. Pronto saldría de la cámara. Una curación tan larga e intensiva era agotadora y lo más probable era que se desplomara a sus pies. Con un suspiro de decepción, Sapphire dio un paso atrás y se sorprendió cuando él se abalanzó hacia el cristal como si quisiera impedirlo.

«No te vayas», leyó en sus labios, mientras le dirigía una mirada suplicante que hizo que a ella se le formara un nudo en la garganta.

—Guardiana —susurró Sapphire con la garganta seca—, ¿quién es el hombre que está en la cámara de curación?

—Es el príncipe heredero Wulfric de D'Ashier.

2

Sorprendida por la presentación, Sapphire se alejó del cristal. Wulfric permaneció pegado a él, observándola con ojos entornados, pero muy despiertos.

El príncipe heredero de D'Ashier.

El rechazo de Sari a reconocer la legitimidad del país vecino los había llevado a la guerra en más de una ocasión. El general del ejército sariano se había convertido en héroe nacional al vencer en las Confrontaciones contra D'Ashier hacía pocos años.

El impresionante hombre que tenía delante era el legendario hijo guerrero del actual rey de D'Ashier. Wulfric era el primogénito, el heredero al trono, y tenía fama de implacable y de ser un genio militar.

Se rumoreaba que era él quien realmente gobernaba D'Ashier y que su padre no era más que un hombre de paja.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Sapphire con voz temblorosa por el desconcierto.

—Es uno de vuestros *mästares* —le llegó la respuesta por el intercomunicador.

Sapphire negó con la cabeza.

—Pero eso es imposible. Este hombre dirige un país. No puede quedarse aquí. Su presencia en Sari podría iniciar una nueva guerra.

—Sus compatriotas creen que ha muerto.

Los inteligentes ojos verdes que la contemplaban parecieron darse cuenta al momento de que ella había descubierto su identidad. El hombre apretó mucho los labios y la miró con dureza.

Sapphire se llevó una mano a la garganta.

—No puedo quedarme con él —replicó, aunque eso era exactamente lo que deseaba hacer.

Lo deseaba con un hambre primitiva que nunca antes había experimentado. Notaba fuego en la sangre, tal como su madre le había dicho que sentiría. Y la mirada que él le estaba dirigiendo...

Sapphire empezó a sudar.

Conocía esa mirada; él también la deseaba. Pero el príncipe Wulfric era un peligro se mirara como se mirase. Era un hombre que había tenido poder y ella una esclava, un príncipe y su concubina. Acababa de librarse de esa vida y no quería volver a ella.

—¿Cómo se supone que voy a mantenerlo retenido aquí? ¿Y por qué? ¿Quién me lo ha enviado?

—Es un regalo de la reina, señora. Os ordena que lo domestiquéis, igual que domesticasteis al rey.

A Sapphire se le escapó una risa ronca. Aquel hombre no era un regalo, era el castigo de una mujer despechada por haberle robado el amor de su marido. Probablemente esperaba que el príncipe la matara. O que ella lo matara a él primero.

—La reina os ha dado a siete de sus guardias personales para ayudaros.

—Ya veo. —Sapphire se pasó la lengua por los labios secos, lo que provocó que Wulfric le dirigiera una mirada ardiente.

Al mirarlo, Sapphire lamentó mucho no poder disfru-

tar de aquel hombre tal como merecería que se disfrutase de él. Estaban en bandos opuestos sin ni siquiera decir una palabra. Él era un prisionero y ella su carcelera, pero a la mínima oportunidad él le daría la vuelta a la situación y sus papeles se invertirían. Era tan atractivo que a ella le costaría mucho resistirse. Y, aunque sabía que si se entregaba a él probablemente disfrutaría de cada segundo de la experiencia, no podía permitir que eso pasara.

Cuando ella le dirigió una sonrisa apenada, él respondió con una media sonrisa. Aunque su mirada seguía siendo ardiente, en ningún momento dejó de desafiarla. Sapphire leyó la reacción a su retirada en sus ojos. Despiadado, implacable: eso era lo que los medios decían de él. Que siempre obtenía lo que quería, y en esos momentos la quería a ella.

—Guardiana, ¿y si quisiera liberarlo?

—Pero no lo deseáis —respondió el ordenador—. Vuestras constantes vitales me indican...

—Ya sé lo que indican mis constantes vitales. Precisamente por eso quiero que se vaya.

—Sí, señora. Nadie ha ordenado que deba quedarse aquí. Supongo que eso significa que la elección es vuestra.

Sapphire le sostuvo la mirada al príncipe. Entre ellos había una conexión muy fuerte, que se intensificaba a cada segundo. ¿Cómo podía sentir algo así por un hombre al que nunca había tocado y con el que nunca había hablado? Tal vez fuera cruel y egoísta, no tenía ni idea.

Y sin embargo, no lo creía. Su mirada era demasiado franca. Le permitía ver todo lo que estaba sintiendo: atracción, deseo, desafío y determinación.

Suspiró.

—La reina sabe que no haré nada que pueda llamar la

atención sobre esta circunstancia. Ambas podríamos ser ejecutadas por alta traición. Brenna debe de estar realmente muy amargada para arriesgarse a llevar a cabo este temerario plan abocado al fracaso sólo para vengarse de mí.

—Lo que digáis, señora.

—¿Cómo habrá adivinado cuál sería mi reacción al verlo? —se preguntó en voz alta.

Ella misma estaba sorprendida por la intensidad de sus emociones, ¿cómo podía haberlo adivinado la reina?

—Mi conclusión es que la reina esperaba que lo odiarais, debido al cargo de vuestro padre.

Sapphire se tensó. Su padre. Si éste descubriera a Wulfric...

Tenía que esconderlo.

En cuanto la idea surgió en su cabeza, la rechazó. ¿Cómo se le ocurría tratar de proteger al príncipe? En su vida había habido sólo dos hombres importantes: su padre y el rey. El príncipe era enemigo de ambos. ¿Cómo se le ocurría poner el bienestar del cautivo por delante?

—Guardiana. —Sapphire enderezó la espalda y se volvió hacia la puerta—. Que vengan tres guardias. Su alteza está casi curado y pronto saldrá de la cámara.

La puerta se abrió en cuanto se acercó a ella. El calor de la mirada de Wulfric le abrasó la espalda hasta que se cerró de nuevo, pero Sapphire se negó a devolverle la mirada.

—¿Qué ordenáis que hagamos con el príncipe Wulfric?

—Que lo vistan, le den de comer y lo lleven a su habitación para que duerma. Avísame cuando se despierte. Mientras tanto, recopila toda la información que puedas

sobre él y prepara un informe. Quiero saber a quién me estoy enfrentando.

—Desde luego, señora.

—Y consígueme también los planos de este palacio. Necesito estudiarlos antes de establecer medidas para confinar al príncipe de manera segura.

—Podríais ponerle la pulsera.

Le vino a la mente la imagen de la pulsera de seguridad. Era una banda metálica de aspecto inofensivo pero de efectos letales, que se colocaba en el tobillo de los prisioneros. Mientras el individuo permaneciera en las zonas permitidas no había problema, pero si se atrevía a alejarse, la pulsera explotaba y mataba al portador.

Con la belleza masculina de Wulfric aún fresca en la mente, Sapphire se estremeció ante la idea de su muerte.

—No. No quiero ponérsela. Si se escapa, yo misma iré a buscarlo.

—Como gustéis. ¿Necesitáis algo más?

—Sí. Envía una nota de agradecimiento a la reina por su consideración.

Wulfric entró en la sala de recepción llevando toallas recién lavadas. Con todo el trabajo que estaba haciendo últimamente, estaba empezando a apreciar la labor de los criados. Costaba mucho esfuerzo que una casa funcionara de manera eficiente. Nunca habría llegado a apreciarlo de no haber tenido que encargarse de esas pequeñas tareas personalmente.

Agradecía estar constantemente ocupado, ya que así apartaba de su mente los días que había pasado encerrado, siendo torturado. Le costaba mucho dormir, ya que

las pesadillas lo atormentaban. El trabajo duro era lo único que lo distraía.

Un destello de color captó su atención, pero cuando se volvió, ya sólo vio desaparecer a su preciosa guardiana morena.

A decir verdad, el trabajo no era su única distracción. La mujer que se había plantado ante él en la cámara de curación como un ángel lujurioso lo fascinaba.

Le parecía estar siempre un paso por detrás de ella. El hecho de que lo rehuyera no ayudaba. Durante los últimos tres días, sólo la había visto brevemente, lo justo para notar que no llevaba demasiada ropa encima. Eran visiones fugaces, pero que lo dejaban con ganas de más. Tras haber estado al borde de la muerte, el modo en que ella lo había devuelto a la vida era un milagro que quería explorar.

Pero Wulf se obligaba a mantener su impaciencia bajo control. Ya llegaría su momento. Si no estuviera convencido de eso, ya se habría escapado.

Miró a su alrededor y se fijó en los demás hombres, que estaban ocupados en tareas diversas. Se acercó al que tenía más cerca, el que parecía menos desconfiado. A Wulf todos le parecían iguales: altos, rubios y musculosos, pero esbeltos; nada que ver con su poderosa envergadura.

No le entraba en la cabeza que esos hombres eligieran ser *mästares* por voluntad propia. Eran tan atractivos que cualquier mujer desearía estar con ellos. No podía entender que prefirieran dedicar sus vidas a una sola, a la que tenían que compartir entre todos. ¡Incomprensible!

—*Mästare*.

—¿Sí, alteza?

Wulf se contuvo para no echarse a reír. Le parecía muy gracioso que le mantuvieran el título honorífico, como si

no estuviera deslomándose igual que ellos. Pero estaba seguro de que esa muestra de respeto no era espontánea, sino decisión de la mujer. Algunos de los *mästares* lo miraban con odio apenas disimulado y él lo entendía. Mucho se temía que habrían perdido algún amigo o un familiar durante las Confrontaciones. Wulf no había sido el instigador de la guerra, pero había luchado en ella sin piedad, haciendo todo lo que estaba en su mano para proteger a su pueblo. Por supuesto, los ciudadanos de Sari no loveían así.

—¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Claro, pero me llamo Dalen.

Wulfric asintió.

—Dalen, ¿qué sabes de la señora de la casa?

—Lo sé todo sobre la señora Sapphire.

Escéptico, Wulf alzó una ceja mientras repetía su nombre en silencio.

«Sapphire.»

—Es verdad —insistió Dalen—. Ella quiere que la conozcamos y la entendamos. Cuanto más sepamos de ella, mejor podremos atender sus necesidades.

—Un hombre como tú podría encontrar a alguien que se ocupara de sus necesidades.

—Vuestra reputación con las mujeres os precede, alteza. Ya sé que pensáis que yo debería tener muchas en vez de sólo una.

—Puede que la idea me haya pasado por la cabeza —admitió Wulfric secamente.

—Cien mujeres no podrían darme el prestigio que me da estar al servicio de la señora Sapphire. Su valor aumenta el mío y eso, a su vez, aumenta el valor de mi familia.

—¿Y qué la hace a ella tan importante?

—Es la *karisette* del rey.

—¿Del rey? —A Wulf se le encogió el estómago.

—Lo que hace que vuestra presencia en esta casa sea bastante interesante, ¿no creéis? Estoy convencido de que el rey no tiene ni idea de que estáis aquí.

—Alguien me delatará. —Wulfric miró a su alrededor, mucho más pendiente ahora de los demás *mästares*—. Alguno de tus compañeros pagaría un buen dinero por verme detenido.

—Cuando me enteré de quién erais, yo mismo quise denunciaros. Mi hermano mayor estuvo a punto de morir durante las Confrontaciones. El general Erikson le salvó la vida, pero si no lo hubiera hecho... —Dalen se tensó al darse cuenta de lo que acababa de decir, pero el ambiente pronto volvió a distenderse—. Los otros *mästares* y yo hemos jurado servir a la señora. Aunque sea la *karisette* del rey, es también nuestra principal responsabilidad, y delataros la pondría en peligro.

—¿Qué es una *karisette*? —preguntó finalmente Wulf con impaciencia, sospechando que no le iba a gustar la respuesta.

Dalen bajó la voz.

—La amada del rey.

—¿Una concubina?

—Más que una concubina. Su majestad está enamorado de ella.

Wulf apretó los dientes. Su ángel pertenecía a su peor enemigo.

—La señora es una celebridad nacional —siguió explicándole Dalen—. Todo el mundo sabe lo valiosa que es para el rey, lo que hace que un puesto como *mästare* en su casa sea muy codiciado.

—Si el rey la ama, ¿por qué la ha enviado aquí? ¿Por qué no la ha mantenido a su lado en palacio, para tenerla más a mano?

A causa de las malas relaciones y la constante amenaza de guerra entre los dos países, Wulf se había preocupado de conocer todos los detalles del ejército sariano y de la familia real, pero no se había interesado por las concubinas del rey. Lo había dejado en manos de otros. Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado y tenía un interés muy personal en una concubina real, una que le había devuelto la vida con una mirada. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido por una mujer; tanto que ni se acordaba.

—Como sabéis, el rey no tiene hijos y Sari necesita un heredero. Los herederos de Sari deben ser concebidos a la manera tradicional. El rey debe derramar su semilla directamente en la reina. La inseminación artificial, aunque está permitida para la población en general, no lo está para la familia real.

—En D'Ashier funciona igual.

—El rey era incapaz de cumplir sus deberes con la reina sabiendo que la señora Sapphire estaba en palacio. Por eso la echó de allí.

Wulf frunció el cejo. No es que no entendiera la historia, estaba muy clara, pero se le escapaban las motivaciones del rey.

—¿Echó del palacio a todas las concubinas?

Dalen negó con la cabeza.

—Desde que la señora Sapphire entró en palacio, hace cinco años, el rey no ha vuelto a compartir su cama con nadie más. Un año después de la llegada de Sapphire al serrallo, el monarca se dio cuenta de que el deseo que había sentido por las demás mujeres no iba a volver y les ofreció

rescindir sus contratos. Unas cuantas aceptaron su oferta y el resto permaneció en palacio. Los *mästares* de allí se encargan de cubrir sus necesidades, ya que el rey nunca las reclama. Al rey le daba igual si el resto de las *mätresses* se iban o se quedaban, pero la señora Sapphire tenía que marcharse. Como ya os he dicho, no podía cumplir sus obligaciones con la reina si ella estaba cerca.

Wulf permaneció en silencio unos instantes.

—¿Vuestro rey mantuvo a Sapphire en su cama de manera exclusiva? ¿Durante cinco años? ¿Sin ningún descanso?

Dalen se echó a reír.

—Por vuestra expresión, veo que nunca habéis estado enamorado.

A Wulf no le cabía en la cabeza la idea de acostarse con la misma mujer durante cinco años. Si buscara estabilidad en una compañera de cama, se casaría. Pero, de momento, estaba feliz sin compromiso.

—Por eso —siguió diciendo Dalen—, tal vez ahora entendáis por qué a la señora le han regalado este palacio y a todos nosotros. Y no es casualidad que seamos físicamente muy parecidos al rey.

Muy listo ese monarca, pensó Wulf, hacer que Sapphire tuviera recordatorios de su antiguo amante constantemente a su alrededor.

Pero el rey sólo podía darle imitaciones.

Wulf estaba allí en carne y hueso.